



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

25 de Junio de 1872.

Núm. 30.

ERROR Y ESPIACION.

(Continuacion.)

Enseguida vió destacarse del fondo de la plazuela, hácia el lado donde habia oscuridad, otro embozado que fué hácia él directamente.

—Sebastian.

—Señor.

—Vete á casa de D. Pedro de Orozco, sin pérdida de momento, y entrégale este papel.

Y sacó efectivamente del pecho un pliego, cerrado y sellado, que le entregó al escudero. Este partió como una exalacion.

—Veremos, veremos de quién es la partida, y entonces, temblad todos, porque la hora de la justicia no está lejos.

El embozado, ó sea Mendoza, se perdió entre la oscuridad de la noche, y ya no volvió á observarse ni en el palacio Sandoval, ni en sus inmediaciones ningun otro mas que pudiera hacerse sospechoso.

Cuando Mendoza se retiró á su casa, ya estaba Sebastian de vuelta en ella que dijo á su señor.

—D. Pedro me ha encargado os dijera, despues de haber leído vuestra carta, que mañana sereis complacido.

En efecto, al dia siguiente fué preso Rolando, en la hostería de las *Tres palomas*, estando conversando con mucho interés y bebiendo con cierto viejo soldado, en cuya cintura brillaban, descansando sobre el ante de su colete, las bruñidas culatas de dos pistoletes. Rolando tuvo, á su pesar, que dejarse encerrar en un calabozo de la carcel de Villa, quedando incomunicado y con centinelas de vista.

XII.

*La piocha de diamantes.*

En el palacio Sandoval, hacia dias se notaba no se qué de triste y sombrío en sus moradores, que hasta la inocente y angelical Blanca, antes tan alegre y risueña, se habia contagiado de la melancolía de su cuñada.

Doña Margarita estaba siempre pensativa; su esposo cabiloso y preocupado por sus planes que no daban tan pronto resultado como deseaba; el cardenal andaba tambien un tanto receloso por la conducta del de Haro, y celebraba frecuentes y prolongadas conferencias con su sobrino; Blanca habia observado cierto retraimiento en el marqués, al que debia suponer satisfecho porque sus amores caminaban á un pronto y feliz resul-

tado. No comprendía aquel cambio, y solo empezaba á sospechar que ya no la amaba como en otro tiempo. Este pensamiento destrozaba su corazón, porque la pobre niña amaba á su futuro con toda la vehemencia que se puede amar á los veinte años. Creíale curado del amago de infundados celos que en un principio sintió, sin sospechar que entonces era cuando mas celoso estaba, pues las apariencias se presentaban acusadoras contra su fidelidad y recato. A su vez, Blanca, se preguntaba á sí misma la causa del casi abandono en que su amante la tenía, y la voz de su pasión, encendiendo en su alma la primera chispa de esa hoguera que devora el corazón, que se llama celos, le presentaba el desamor del marqués, como los preludios de un nuevo galanteo. Consiguiente á este raciocinio tan infundado, el estado moral de Blanca empezaba á ser terrible.

La mujer celosa emplea generalmente la coquetería para atraer de nuevo despertando dormidas sensaciones, ó para vengarse de un abandono que para ella nunca tiene razón de ser. Pero la coquetería, esa arma de doble filo, suele herir á veces á la misma que la aprovecha, con uno de los fines antes espresados.

Blanca, siguiendo los impulsos de su amor propio lastimado, aunque violentando sus habituales costumbres é inclinaciones, se propuso hacer rabiar un poco al marqués, coqueteando con todos, en la fiestas del Buen Retiro.

Así fué, que al día siguiente de los sucesos que hemos narrado en el capítulo anterior, en las habitaciones de Blanca y de su cuñada se observaba mayor movimiento del acostumbrado.

Era al caer la tarde. Doña Margarita, acabado su tocador, entraba en la cámara de Blanca.

—Querida mía, ¿que no te pones el regalo del rey? preguntó doña Margarita viendo que su cuñada no lo llevaba.

—Me parece demasiado pronto para usarlo. Hace solo tres ó cuatro días que me lo dió.

—No lo creas. Deberías haberlo usado aquella misma noche.

—¿Por qué causa?

—Porque S. M. vá á creer que lo desprecias, y quizá ese sentimiento redunde en perjuicio de nuestro buen tío.

—Si crees eso me la pondré. ¿Pero no juzgarán mal los que lo vean?

—Envidia te tendrán muchos, porque ese presente en un soberano de edad madura

como Felipe, significa solo la gran estima que por su valer profesaba al cardenal canciller de Castilla.

—Tienes razón, si es así, me la voy á poner esta noche.

—Casil la te lo arreglará para que luzca bien entre tus blondos cabellos.

Doña Margarita, ya mas animada, hizo venir á su doncella. Ésta arregló una lindísima cucarda de terciopelo azul, fijó en el centro la piocha de diamantes, y la colocó entre las rubias trenzas que formaban el peinado de Blanca. Con aquel nuevo adorno estaba deslumbradora.

Cuando la carroza la conducía al Buen Retiro, doña Margarita, trémula y conmovida, decia para sí misma:

—Estoy vencida, pero al menos no cubriré el nombre de Sandoval con pública deshonra. El es muy caballero y me ama; y yo, yo.... no puedo vivir sin confesárselo tambien.

Blanca pensaba solo en hacer rabiar al marqués con sus coqueterías.

En uno de los primeros salones encontraron al marqués conversando con D. Juan de Osorio. Ambos llevaban aquella noche el lujoso y marcial uniforme de la guardia española.

Cuando Lichen vió á Blanca, palideció horriblemente.

El gran foco de luz que daban las arañas y candelabros, hacia arrojar chispas á los diamantes que la sobrina del cardenal llevaba en la cabeza.

El marqués contestó con un ceremonioso saludo, al gracioso mohín de desdén que Blanca le hizo al verle.

Cuando las dos cuñadas entraban en el salon de las meninas, doña Inés, como si fuera por casualidad les salió al encuentro.

—Qué encantadora estais, Blanca, luciendo el regalo del rey, que indudablemente lo hubiera tomado á desaire si esta noche os presentarais sin llevarle puesto, dijo doña Inés.

—No te lo decia yo, Blanca, añadió doña Margarita.

La viuda se acercó á la de Guevara y le dijo casi al oído:

—Habeis seguido mi consejo, ni vuestro esposo ni nadie podrán sospechar de vos.

Doña Margarita se puso encarnada como una amapola, y un profundo suspiro se exhaló de su pecho palpitante.

Felipe IV estaba en aquel momento en seria conversacion, al parecer, con el conde de Castrillo. Aquella conferencia no dejaba de producir su efecto. Los observadores po-

líticos formaban de ella mil conjeturas, y vaticinaban nuevos cambios.

Cuando vió entrar á las dos cuñadas, y fijándose en Blanca, le deslumbraron los rayos que despedía la piocha de diamantes, el rey sintió una alegría inmensa que le hizo dejar al conde con la palabra en la boca, y corrió hácia ellas que acababan de tomar asiento en un sofá.

—Gracias, Blanca, por la honra que me dispensais usando mi regalo, dijo á la jóven, pero mirando con pasion á Margarita que le correspondia lo mismo.

Media hora mas tarde, todos en el sa'on hablaban de la piocha de diamantes y del rey, que no se habia separado ni un segundo del lado de Blanca desde que entró.

Para todos, y atendido lo amable que Blanca estaba con el rey, era la jóven una presunta favorita.

El marqués pudo acercarse á ella en un momento que Felipe cambiaba algunas palabras con doña Margarita.

—Las que reciben dones régios, le dijo con mal reprimida cólera, no deben contar con los de otro galan.

—Qué deciais á vuestra prometida, marqués, dijo el rey.

—Decia, señor, contestó Lichen, pálido de celos, que vuestra magestad es el monarca mas espléndido y el caballero mas galante de cuantos han existido.

—Y yo, repuso Blanca, iba á contestar al marqués, que cuando vuestra magestad distingue á alguno, es porque en su claro talento y esperiencia ha sabido ver en él un súbdito amante, leal y respetuoso.

—O un sol de hermosura como vos, contestó el rey.

El marqués se mordió los lábios y oprimió convulsivamente con la mano izquierda la empuñadura de su espada, sobre la que se apoyaba.

—Diviso allí á mi padre, y os dejo, señora.

Dijo, saludó friamente, y se fué.

—Ya tiene celos pensaba Blanca con alegría, aun me ama.

—¡Infame, infame! murmuraba por lo bajo el marqués, me has vendido, pero yo me vengaré.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

## LAS FIESTAS DE SAN TELMO.

### BALADA.

#### I.

—«Buenos dias, buenos dias,»

—Buenos dias, caballero.

—¿Dónde vá la niña hermosa  
El querubin de estos cielos?

—Voy á la villa, á las fiestas,  
A las fiestas de San Telmo.

—Quieres que vaya contigo?

—No haga tal, el caballero,  
Que si mi madre lo sabe  
Morirá de sentimiento.

—No tenga miedo la niña  
Me conocen en el pueblo,  
Soy el señor del Castillo,  
Del Castillo de San Telmo.  
Ven y verás cuan hermoso  
Es un castillo soberbio.

Verás sus plazas y fuertes  
Que se elevan á los cielos,  
Verás sus muros dó el pájaro  
Construye al amor un templo;

Verás puentes levadizos,  
Guardianes de adusto ceño,  
Salas de armas con escudos,  
Escudos con mis trofeos,  
Dueñas de arrugado rostro,  
Servidores y escuderos,

Verás mis galges de caza  
Tan ligeros como el viento,  
Mis halcones, mis caballos,  
Y todo lo que poseo,

Y tu serás niña hermosa,  
La reina de todos ellos,  
La joya de mi Castillo,  
La esposa del caballero.

—No soy digna de tal gracia,  
Déjeme, por Dios le ruego.

—Ven á mi niña preciosa,  
Ven á mí, oye mi acento.

Si no te gusta el Castillo  
El de las torres, soberbio,  
Viviremos en el campo  
Y será la vida un sueño.

Nuestra alegre compañía  
Serán libres arroyuelos  
Árboles de enhiestes copas  
Y el azul del firmamento.

—¿Y mi madre, el alma mia,  
Mi madre que es mi consuelo?

—Tu madre, será la madre  
De los dos; el angel bello,  
Que con sus alas de oro  
Abrigará nuestros cuerpos.

—¿Será verdad, tanta dicha?  
 ¿No me engaña el caballero?  
 —No te engaña, niña hermosa,  
 No puedo engañar, no puedo,  
 Te lo juro, te lo juro,  
 Por mi patrono San Telmo,

## II.

¡Pobre niña! ¡Tristes fiestas!  
 ¡Tristes fiestas de San Telmo.  
 La niña volvió á su hogar  
 Y el galante caballero  
 Se olvidó de sus promesas  
 Y sus amorosos ruegos.  
 La niña se marchitaba  
 Como flor que abate el viento,  
 Su madre, su pobre madre,  
 Lloraba, lloraba sin consuelo.  
 Y aun con mas dolor llorara  
 Si supiera su tormento.

## III.

Ya ha pasado un año; un año  
 Yace la niña en el lecho,  
 Ella, que era tan hermosa  
 Hoy es no mas un espectro.  
 —¿Madre? ¿Porque tocan tanto  
 Las campanas en el pueblo?  
 —Hija, porque son las fiestas,  
 son las fiestas de San Telmo,  
 Y hoy hay fiesta en el castillo,  
 Pues se casa el caballero.  
 No se oyó mas que un suspiro  
 Lanzó la niña del pecho,  
 Un ¡ay! contestó la madre,  
 Y todo quedó en silencio.

## IV.

Por la noche las campanas  
 Tristes tocaban á muerto,  
 Por la muerte de la niña  
 De la niña de ojos negros,  
 Y la muerte de una madre,  
 Madre toda sentimiento,  
 Que murió lanzando un ¡ay!  
 Por acompañarla al cielo.

VÍCTOR IRANZO Y SIMON.

## EL TRAJE DE BODA.

(Por Jules Prevel, Traducido del francés por R. P. y L.)

## I.

—¡Ya lo he hallado!... ¡Ya lo he hallado!...  
 exclamó Máximolevantándose de la silla, con

tanta rapidéz, que casi derribó el costurero  
 en que se hallaba trabajando su hermana.

—¡Dios mio! ¿Pero qué has hallado?...  
 preguntó Carolina. ¿Qué luminosa inspira-  
 cion ha surgido en tu mente?

—¡Ya lo he hallado! repetía el jóven con  
 una estrema alegría.

—¿Pero qué has hallado?...

—¡Qué! ¡El modo de impedir el casamien-  
 to de María!...

—¿Es posible?

—O por lo menos, el medio de hacer lle-  
 gar á sus manos una carta, y retardar por  
 un dia la fatal ceremonia.

—¿Es cierto?

—Sí.

—¿Qué, tienes á tu servicio alguna hada  
 bienhechora ó algun duende que pueda pe-  
 netrar por el ojo de la cerradura y desapa-  
 recer por la chimenea? Pues de otro modo  
 no sé cómo te las hayas de componer para  
 hacer llegar á su poder una carta.... Ya sa-  
 bes que María está continuamente vigilada  
 por su tia, y que hasta su nodriza se halla  
 sometida á un riguroso exámen cada vez que  
 sale de casa. Por manera, que todo contra-  
 bando es imposible.

—Sí, querida hermana, todo lo sé. Tam-  
 bien sé que si no me es posible entregarla esa  
 carta antes de dos dias, la casarán con un  
 hombre que no sabrá amarla ni comprender-  
 la, y yo la habré perdido para siempre....  
 ¡El casamiento debe celebrarse el jueves y  
 hoy es martes!... El ajuar se halla comple-  
 tamente terminado, y mañana deben de lle-  
 várselo... ¡Comprendes Carolina! todo está,  
 pues, á punto para el sacrificio excepto la  
 víctima que se resiste y jura que no irá al  
 altar sino á la viva fuerza.

—¡Pobre María!

—¡Sí, pobre María!... ¡Cuán agradecido le  
 estoy!... Yo tengo fé en ella, pero esto no es  
 suficiente.... es necesario buscar un imposi-  
 ble para salvarla de ese casamiento, y creo  
 que he hallado el medio para evitarlo.

—¿Cuál?

—Voy á decírtelo. Pero me es imposible  
 llevarlo á efecto sin tí....

—¿Qué es necesario hacer?... Pongo á dis-  
 posicion de tu amor mi inteligencia femenil.  
 Vamos, dime pronto ese precioso secreto....  
 ¿Por tí y por mi buena amiga de la infancia,  
 qué es lo que yo no haría? ¡Habla, habla!...  
 que ya te escucho...

—Pues bien: mañana debe llevar á casa  
 la señora de Ubeda la modista Enriqueta  
 todo el ajuar de boda; como tú eres ínti-  
 ma amiga de ella, no crees se niegue pronta-  
 mente á servirte... Por otra parte el encar-

go de un nuevo vestido puede que haga decidirla mas pronto en nuestro favor.

—Ese es mi parecer.

—Voy á escribir una carta á María dándole la valor para que resista á la voluntad de su padre, y en ella le anunciaré tambien el feliz cámbio de nuestra fortuna. Lo esencial en este momento, es impedir que el casamiento se efectúe el jueves... Ganemos pues tiempo, y tal vez logremos vencer la obstinación del señor Ubeda... Yo no dudo que el padre de María sabrá apreciar mi nueva posicion. Ayer éra pobre, y hoy soy rico.

—¿Pero la carta?... la carta?

—Ya me olvidaba de mi idea.

—¿Acabas?

—¡Pues bien! Tú irás á llevar esta carta á casa de la señora Enriqueta, procurando obtener de ella que la coloque en una de las mangas del traje de boda, y por este medio mañana podrá leer la carta María, sin que su padre ni su tia puedan sospechar....

—Brabo, querido hermano, veo que has tenido un feliz pensamiento.

—¡Pero, si amo tanto á María!

—Pues no perdamos ni un minuto. Voy á vestirme. Tú, mientras yo me vistó, puedes escribir la carta.... ¡Pero, sin duda, te has olvidado del punto capital de la trama!... ¿Cómo prevendremos á María? ¿Cómo pensará ella en buscar una carta entre las mangas de un traje de boda?...

—Para eso cuento con tu cooperacion...

—Pero...

—Escucha: tú, puedes ir á hacer una visita á María. ¿Cuando estés con ella, no podrás con una mirada ó un gesto, informarla de nuestra estratagemas?

—Si no me dejan nunca sola con ella.

—¡Yo creo que una mirada es suficiente!... ¡Vosotras os comprendeis tan pronto y tan bien!... Yo te lo ruego, querida Carolina; llama en tu socorro tu génio inventivo, y no dudo saldremos airosos de nuestra empresa....

Al decir estas palabras, Máximo empezó á acariciar á su hermana.

—Basta de caricias, respondió ella. Te comprendo. Todos los hombres sois lo mismo: arrogantes cuando no nos necesitais, y lisonjeros cuando nuestro débil sexo puede seros útil en algo...

—¡Querida hermana!...

—Vete á escribir la carta, y cuando me hayas confiado el plan de batalla, te probaré que no es indispensable el ser general para poseer una buena táctica.

Carolina se fué. Enriqueta acogió gustosa su proposicion, y la carta fué tan hábilmente

colocada en una de las mangas de su vestido de boda, que ofrecia la seguridad de pasar desapercibido aun á los ojos mas perspicaces. No faltaba ya mas, pues, que prevenir á María, y esta era la parte mas difícil.

## II.

Carolina se dirigió á casa de su amiga. A medida que se iba acercando, sentia que le faltaba el valor y disminuía su confianza, la cual perdió completamente cuando fué introducida en el salon del señor Ubeda, donde se hallaban en presencia de María su padre y su tia. Al momento comprendió que era de todo punto imposible decir á su amiga ni una sola palabra que no lo oyesen, y con tanta mas razon confiarla el secreto que allí la conducia.

Para colmo de desdichas, María parecia hallarse mas triste y abatida que nunca; sus ojos enrojecidos, daban á entender que no hacia mucho rato se habian secado algunas lágrimas desprendidas de ellos. Todos los esfuerzos hechos por Carolina para trabar conversacion fueron inútiles, pues María no contestaba á las preguntas que la dirigia mas que con monosílabos ó movimientos de cabeza. Como ésta tenia fija su mirada en el bordado en que estaba trabajando, el último medio de comunicacion, la sola esperanza de la amable embajadora, le salia fallida. Una mirada sola, hubiera sido suficiente para hacerle comprender todo; pero en el estado en que se hallaba María, era de todo punto imposible.

Despechada y furiosa, levántase Carolina con ánimo de abandonar aquella casa, pues no podia comprender aquella iudiferencia de María que hacia abortar por completo los bellos proyectos de Máximo.

Desesperada como estaba, y con objeto de ver si podia sacar á su amiga del estado letárgico en que se hallaba, le preguntó bruscamente.

—¿Has oido hablar de la fuga de un preso de las cárceles?

María, admirada, levantó los ojos.

—¿Qué interés podia ella tener en la fuga de un preso, máxime cuando su dicha se hallaba tan brutalmente comprometida?

Tan estraña y cruel le pareció esta pregunta hecha por Carolina, que levantó por fin la cabeza para dirigirla una mirada de reproche, pero la espresion de los ojos de su amiga le dieron bien pronto á entender que habia en esta historia, al parecer de escaso interés, algun pensamiento oculto. El efecto fué eléctrico.

—No he oido hablar nada de ello, respon-

dió Maria, pero si quieres contarnos cómo ha sido, nos harás un gran favor.

Carolina consintió. Habia sido comprendida. La dificultad mas grande se hallaba ya vencida.

Inventó la historia completa de un preso que habia comprado á su carcelero.

—Señorita, dijo el Sr. Ubeda, siento mucho interrumpir á V. pero creo que la han engañado. ¿Cómo ha podido seducir al carcelero, cuando á los presos no les permiten tener en su poder dinero ni valores?..

—Teneis muchísima razon, caballero, pero lo habian introducido fustivamente por un medio ingeniosísimo.

—¿Cuál?... preguntó Maria.

—¡Adivínalo!

—Yo he oido hablar muchas veces de que ocultaban el dinero en un pedazo de pan.

—Mi historia es mucho mas original... ¡Una idea luminosa!... ¡Vamos, Maria, adivínalo!

—Maria se puso á reflexionar.

—¡Ya veo, dijo la jóven, que no lo acertarás nunca!... Voy á sacarte del compromiso: pues bien; el dinero estaba oculto en un gaban que sus amigos le mandaban... ¿Pero en qué parte del gaban?... Hé aquí lo curioso.

—¡Habla!

—¡Habia una moneda de oro en cada boton! Qué buena idea!... Habian prevenido de antemano al encarcelado. El traje fué examinado por el alcaide, y despues entregado al preso, el cual no tuvo mas que quitar la tela á los botones, para poseer el tesoro que sus amigos le enviaban... ¿Maria, qué te parece la invencion?

—Maria se sonrió, pero se hallaba un poco ofuscada; el enigma no estaba muy claro para ella.

El Sr. Ubeda encontraba muy ignominiosa la estratagema, y su tia no hacia mas que encojarse de hombros, y hablar contra la perversidad de los hombres.

Antes de partir Carolina, dijo que en aquel mismo instante venia de casa la modista Enriqueta, donde habia tenido ocasion de admirar el magnífico ajuar de Maria.

—A propósito, dijo ella volviéndose hácia su amiga y mirándola fijamente, ya me dirás si eres de mi parecer cuando recibas el traje de boda... Las mangas son lindísimas... te aseguro que te han de gustar muchísimo. ¡Lo recomiendo á tu admiracion!...

—Maria comprendió entonces la historia, y Carolina, conociendo por sus miradas que habia descifrado el enigma, se fué alegre y ligera de casa del Sr. Ubeda.

### III.

La noche aquella fué muy larga para Maria; tal era la ansiedad conque aguardaba que la modista le devolviese el traje.

Por fin, á la mañana siguiente ya obraba en su poder.

—Maria esperimentó una loca alegría cuando lo vió, y su padre, atribuyendo todo esto á una coqueteria, se frotaba las manos y reia á carcajadas con la tia Ubeda.

—¡Qué lindo traje, decia ella, voy á probarlo enseguida!

Lo arrancó rápidamente de las manos de su tia, y se fué á su cuarto, donde se encerró con llave. Despues de todo esto cogió un par de tijeras, y empezó la obra de devastacion.

—Maria hizo en una porcion de piezas la manga derecha del vestido. No habia ninguna carta. Empezó á cortar la manga izquierda, y dió un grito de alegría; acababa de descubrir el dichoso mensaje.

—Pero al mismo tiempo oyó allí muy cerca la voz de su tia. Cerró rápidamente en un cajon la ropa mutilada, y ocultó en su pecho la carta de Máximo.

—Cuando llegó la tia, Maria salia de su cuarto.

—¿Cómo te está el traje? preguntó la tia.

—Divinamente, dijo la jóven, pero me reservo el placer de la sorpresa. No quiero que lo veais hasta mañana... ¿Para qué volvérmelo á poner, cuando sé que me está muy bien?...

—Maria esperaba hallarse un momento sola para poder leer la carta. Por fin la leyó, y su corazon esperimentó una inmensa alegría cuando vió que podia casarse con Máximo. El dia se pasó sin que ella descubriese su secreto. Su padre y su tia la felicitaron viéndola tan alegre; Maria se puso á reir.

—A la mañana siguiente toda la casa se halla revuelta con motivo de la boda. No se esperaba ya mas que la novia.

—Al poco rato se presentó esta en el salon con el traje mas sencillo que ella tenia.

—A las preguntas dirigidas por su tia, contestó que no le era posible el ponerse el traje de boda.

—Fué al cuarto, y halló el vestido en el estado de devastacion que ya he descrito.

—Era pues indispensable retardar el casamiento por algunos dias.

—La cuestion ya estaba resuelta.

—Máximo se presentó de nuevo; Maria rogó, suplicó, y por fin los parientes consintieron en este enlace.

Sin embargo, cuando le hablan de esto á Carolina, no deja de contestar:

—En el amor y en la guerra es válida la estrategia.

RICARDO PALANCA y LITA.

## LA MUJER QUE AMA.

### SONETO.

Dulce y amante, plácida y serena  
Como las notas de armonioso canto,  
Es la mujer que ama, tierno encanto,  
Que el pecho de placer y gloria llena.  
Siempre afanosa, complaciente y buena,  
Tiende al alma el cariñoso manto,  
Que enjuga el triste y abundoso llanto;  
Que arranca la afliccion, mata la pena.  
No atiende mas que al hombre á quien adora,  
Y ciega con su fé que la engrandece,  
Sumisa á ella vive á toda hora,  
Es planta de virtud que no perece,  
Mas bella que los rayos de la aurora,  
Que con las gracias del amor florece.

DR. LOPEZ DE LA VEGA.

## LA PRIMERA PASION.

(Continuacion.)

### IX.

Algunos dias despues fué la recepcion en casa de María con motivo de su boda.

Los salones se hallaban invadidos por un gentío inmenso, compuesto la mayor parte de señoras de diferentes edades que lucian ricos trajes.

La desposada que vestia de blanco y llevaba una preciosa diadema de diamantes, estaba hechicera: iba del brazo de su prima Isabel que á su vez no podia estar mas hermosa, pues vestia traje azul celeste, escotado y entre sus cabellos de oro habia colocado dos lazos del color dicho.

Dos tipos enteramente opuestos, y sin embargo ese contraste hacia resaltar mas las bellezas y encantos de cada una de ellas.

Marcadas por la confusion y bulleció que allí reinaba, decidieron marchar á otros aposentos á procurarse descanso. Mas al pasar por la galería en donde tuvo lugar la primera entrevista amorosa, oyeron pronunciar el nombre de María en un gabinete, cuyas ventanas cubiertas solamente por persianas daban á dicho sitio. Se aproximaron

á ellas y pudieron conocer á doña Esperanza y otra señora de su misma edad, antigua amiga de la familia, que huyendo de la algazara, se habia retirado allí ocupándose á la sazón del casamiento de María del que daba esplicacion doña Esperanza á su amiga.

La curiosidad brotó al momento del pecho de María y determinó quedarse en aquel sitio á escuchar dicha conversacion.

—No sé que triste presentimiento cruza por mi mente.

—No seas cavilosa dijo Isabel.

Y guardaron silencio.

La noche era oscura. La luna que hasta entonces habia permanecido radiante de luz, se ocultó tras unas nubes, como si se avergonzase de presenciar aquella fatídica escena, iluminada otra noche por ella cuando fué tierna y conmovedora.

—¿Pero como fué eso? decia la amiga ¿No tenia relaciones con un tal Arturo, jóven de una brillante carrera?

—Efectivamente, y eso fué la causa de que nos costase tanto trabajo convencerla; por que ella le amaba con locura; pero conocedora como toda madre de los instintos de su hija, me fué fácil conseguir alucinarla.

—¿Por qué medios?

—Vas á saberlo. La suerte quiso favorecer nuestros planes, alejando á Arturo de su lado por motivo de su carrera, y aprovechando el marqués y yo esta ausencia; lo primero que hicimos fué interceptar toda la correspondencia de manos del cartero y de la doncella suya, y así evitamos estuviesen en comunicacion. Luego ya de haberla yo preparado convenientemente, diciéndola que la habia olvidado por otra, le presenté unas cartas hechas por el marqués que simulaban una correspondencia entre Arturo y la otra supesta, y en la que prometia el futuro enlace para ocultar ciertos deslices. A esta prueba no pudo resistir su despecho, el deseo de venganza y la brillante posicion que el marqués le brindaba, la hizo sucumbir.

—Dios mio, que escucho, dijo María echándose en brazos de Isabel. Soy la mujer mas infeliz de la tierra. Cuan dichosa no hubiera sido si me hubiesen dejado llevar á cabo mis deseos de morir en un convento.

María, como la mayor parte de las jóvenes al llegar á la edad de las sensaciones y no pudiendo resistir los embates de la sociedad y sus adversidades, surgióle su fantasía la idea de encerrarse en un claustro; pero á medida que las impresiones le fueron mas agradables se le desvaneció este deseo.

—¡Pobre María! decía entre sí Isabel.  
Y lloraba con ella.

El abatimiento en que se encontraba María, obligó á su prima á conducirla á su estancia y acostarla, pues el sistema nervioso estaba exaltado extraordinariamente.

Este suceso inesperado, trasmitido por una doncella á la reunión, la disolvió en pocos instantes.

## X.

La desgracia había estendido sus negras alas sobre los infortunados amantes.

La coincidencia de que doña Josefa Plaza, confidenta de doña Esperanza la noche anterior, fuera tía de Ezequiel Negri, hizo que al dia siguiente supiera este la trama del casamiento de María. Pues no hay secreto mas sabido por todas que el que se confie á una mujer de las condiciones de la anterior, que se complace en indagar noticias para luego ir las publicando por doquiera va.

Ezequiel que apreciaba como amigo íntimo á Arturo, y por lo mismo le dió consejos á cerca de la conducta que debía seguir para con María, la noche que se reconocieron por primera vez, sintió sobremanera ver ultrajado su nombre, y no pudiendo contenerse, marchó á buscarlo á su casa.

Arturo estaba en su despacho, y al ver entrar á Ezequiel, estrañó tan temprana visita.

—¿Que te trae por aquí? díjole.

—Un asunto para tí de mucha trascendencia.

—¿Si? habla pues luego.

Y refirióle Ezequiel, cómo por su tia había sabido el engaño de que fueron víctimas él y María, y la manera como aquella lo averiguara.

Arturo no podia volver del asombro que es consiguiente, al ver descornado el velo misterioso que soltaba tanta maldad.

—Es preciso que mi venganza contra el marqués sea terrible, y respecto á María, necesito verla y hablarla, dijo.

—¿Que vas á hacer, Arturo? Piénsalo bien.

—Voy á vindicar mi honor á la faz del mundo que tal vez en este instante me acrimina.

¿Tu no me abandonarás Ezequiel?

—Soy siempre tu amigo.

—No esperaba otro proceder de tí. La ocasion es propicia, pues estamos en Carnaval. El lunes hay baile de trajes en casa del conde de Estella, y siendo parientes cercanos de la familia de María, es seguro vaya con su esposo, y allí.....

—Entendido supuso Ezequiel. Hasta ol lunes.

—Adios.

Y apretáronse las manos al separarse como muestra de alianza.

La ansiedad no cesaba de atormentar á Arturo. Hubiese querido ser Dios, para imprimir mayor velocidad al tiempo.

El dia señalado llegó por fin.

ANTONIO CIRUJEDA RUIZ.

(Se concluirá.)

276

## CANTARES.

—  
Cuando tus ojos me miran,  
En ellos mi imágen veo;  
¿Por qué así, del mismo modo,  
No la gravas en tu pecho?

—  
En el campo del amor  
Una esperanza planté,  
Y al tiempo de la cosecha  
Un desengaño encontré.

—  
Quisiera niña aumentar  
De tamaño el corazon,  
Porque el que tengo es pequeño  
Para encerrar tanto amor.

—  
Con el agua de los cielos  
Crecen árboles y flores,  
Con el llanto de mis ojos  
Van creciendo mis dolores.

—  
Para alivio de las penas  
Que en este mundo se pasan,  
En medio de él puso Dios  
Ésta palabra: *Esperanza*.

—  
Cuando mueras, niña hermosa,  
Habrá alegría y tristeza,  
El cielo estará gozoso,  
Desconsolada la tierra.

—  
Quisiera ser esa rosa,  
Que estás niña deshojando,  
Para tener así el gusto  
De morir entre tus manos.

MANUEL MILLÁS.